

Movimiento obrero, economía y política en Argentina: 1955-1985

Ronaldo Munck

EN LOS ÚLTIMOS CUARENTA AÑOS el movimiento argentino ha sufrido grandes cambios al mismo tiempo que ha tenido una influencia clave sobre el proceso político. El análisis del mismo tiende a dividirse en dos campos: los trabajos sobre el impacto de los cambios económicos sobre la clase obrera, y las controversias sobre el papel político del movimiento obrero. El presente trabajo representa una síntesis de un trabajo más amplio de tipo histórico que intenta unificar los dos modos de investigación.¹ Aunque tiene un aspecto cronológico, siguiendo la periodización corriente, el trabajo es más analítico que histórico en el sentido convencional. El periodo que abarca es más que meramente conveniente. En la “década peronista”, anterior a 1955, la clase obrera argentina fue virtualmente reformada en relación con esa clase inmigrante que se transformó en obrera desde mediados del siglo pasado.² El año 1985 representa, simbólicamente, el comienzo de un nuevo “rehacer” de la clase obrera y el movimiento que lleva su nombre. La crisis del peronismo parece ser final, la victoria del radicalismo en las elecciones de 1983 parece más que efímera, y se anuncian cambios profundos en el país y, naturalmente, en la clase obrera.

¹ Ver Ronaldo Munck, Ricardo Falcon y Bernardo Galitelli, *Argentina: from anarchism to peronism. Workers, unions and politics, 1855-1985*, Londres, Zed Books, 1986.

² Existe un amplio debate sobre los orígenes del peronismo y la clase obrera. Para un análisis reciente del mismo véase Hiroschi Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1983.

Después del peronismo (1955-1965)

El movimiento obrero de 1955 era incomparablemente más fuerte que el de una década antes: en términos cuantitativos y cualitativos se había fortalecido. El precio de este avance para la clase obrera era su sometimiento a la tutela estatal bajo el sistema peronista, y el paralelo fortalecimiento de la burocracia sindical. El golpe militar de 1955 abrió un nuevo periodo en la historia de la clase obrera. La cuestión clave para los militares y sus aliados civiles en la oligarquía tradicional y la burguesía urbana era el control y el sometimiento del movimiento obrero peronista (de ahí en adelante los movimientos obrero y peronista fueron casi indistinguibles). Con el lema *Ni vencedores ni vencidos* el gobierno provisional del general Lonardi tomó sólo medidas moderadas en contra del movimiento obrero.³ Su sucesor, el general Aramburu, tomó una acción más decisiva con el propósito, que describe Marcelo Cavarozzi, “de promover la atomización y el debilitamiento de los sindicatos y de toda otra organización de los asalariados y, como resultado de ello, lograr una disminución de la participación de los asalariados en la renta nacional y liquidar toda forma más o menos autónoma de acción política de la clase obrera”.⁴ Un aspecto de esta estrategia sería la “desperonización” de los sindicatos, en consecuencia, el peronismo obrero (que se puede distinguir de sus sectores políticos burgueses) se convirtió en vanguardia *de facto* de la clase obrera.

La “resistencia peronista”, que entonces comienza, tomó varias formas.⁵ A las primeras experiencias semi-insurreccionales posteriores al golpe, por ejemplo en Rosario, siguieron atentados por sectores militares leales a Perón (del Valle). En un segundo periodo se combinaron movilizaciones sindicales y métodos militares artesanales, los famosos caños. La intervención militar sistemática en los sindicatos dejó a la clase obrera casi sin liderazgo. El aspecto positivo de esto es que en la lucha sindical se fueron forjando nuevos cuadros, que serían la columna

³ Para el periodo de Lonardi ver Juan Carlos Torre y Senén González, *Ejército y sindicatos. (Los 60 días de Lonardi)*, Buenos Aires, Galerna, 1969.

⁴ Marcelo Cavarozzi, *Sindicatos y política en Argentina, 1955-1958*, Estudios CEDES, vol. 2, núm. 1, 1979, p. 25.

⁵ Una descripción de la resistencia peronista “desde adentro” se encuentra en Juan Vigo, *Crónicas de la resistencia*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1973.

vertebral del movimiento obrero en el periodo siguiente. La forma organizativa principal serían las comisiones internas que se constituyeron bajo el peronismo y ahora re-emergían como órganos de resistencia y que conformaron la plataforma esencial para la ofensiva que seguiría. Las estadísticas de conflictos laborales durante el periodo de la resistencia (ver cuadro 1) demuestran un proceso de recuperación que culmina en 1959 cuando se registran casi 1.5 millones de huelguistas. Como lo describe Juan Carlos Torre:

La rápida recuperación de las luchas obreras. . . puso de manifiesto el eco alcanzado por una acción sindical que, más allá de sus fines inmediatos, tuvo por función reforzar la unidad y lograr su reconocimiento como portavoz político y gremial de la clase obrera.⁶

El liderazgo sindical emergente no sólo se ponía al frente de las luchas en las fábricas sino que se convertía en vanguardia del pueblo por medio de su cuerpo político, las 62 organizaciones.

En 1959, la recuperación del poder económico y social de la clase obrera alcanzó su punto máximo pero también comenzó la hegemonía de la corriente sindical conocida como vandorismo (de Augusto Vandor, su líder principal), basada en una clase obrera que se desmovilizaba. El gobierno civil de Arturo Frondizi lanzó en 1958 un proceso de modernización basado en el flujo de capital extranjero y la racionalización del trabajo en las fábricas. Las grandes luchas de 1959 fueron marcadas por una derrota en términos objetivos de la clase obrera. Las comisiones internas, esos órganos de una democracia obrera real en periodos de movilización, perdían ahora su poder en un periodo de reflujo. Escribe Carlos Echagüe que en 1959 "comenzó una era de huelgas 'domingueras' inclusive sin los tradicionales piquetes de huelga que impidiesen el carneraje"⁷ (rompe-huelgas). En las fábricas, los patrones retoman la iniciativa en contra del control obrero representado por las comisiones internas. Ya en 1955 el famoso Congreso de la Productividad había indicado las necesidades del capital en este respecto.⁸ Ahora, cuando la base obre-

⁶ Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 24.

⁷ Carlos Echagüe, *Las grandes huelgas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, p. 97.

⁸ El Congreso de la Productividad había planteado la necesidad de reducir el po-

ra había sufrido el desgaste implícito en la militancia de la “resistencia peronista”, el capital tomó medidas decisivas para retomar el control completo en sus plantas. En este proceso, la burocracia sindical desempeñaría un papel clave, al intercambiar la legitimidad política por su presencia real en la fábrica.

Augusto Vandor, dirigente de los obreros metalúrgicos, expresó bien la política del movimiento obrero en este periodo: “golpear y negociar”.⁹ Frondizi había normalizado las relaciones entre el movimiento obrero y el Estado. Los dirigentes sindicales comenzaron a relajar su estrategia de total oposición al Estado y al capital. En las empresas se comenzaron a firmar contratos en que los dirigentes sindicales reconocían que todos los aspectos del proceso laboral eran exclusivamente de jurisdicción patronal. Las comisiones internas perdieron gradualmente el derecho de negociación, que fue concentrado en manos de la dirección sindical. El vandorismo no era, sin embargo, simplemente un *business unionism* al estilo norteamericano, porque su énfasis en la negociación se basaba en su poder para “golpear”. Así fue que Vandor pudo lanzar el famoso Plan de Lucha en 1964 que llevó a la ocupación de fábricas en todo el país. Vandor no podía escapar de la cuestión peronista, por más que usaba “la camiseta” por razones prácticas y no ideológicas. Al fin de cuentas, no pudo realizar un “Peronismo sin Perón”, pero sí estableció a la burocracia sindical como un actor importante en el proceso político argentino. Para la clase obrera el saldo fue más negativo.

Bajo el liderazgo de Vandor el gremio metalúrgico sufrió una importante merma en el número de afiliados: en 1959 el sector empleaba 309 000 obreros, pero en 1966 sólo había 121 000 obreros metalúrgicos. Por otra parte, el índice de productividad en la industria se incrementó en un impresionante 50% en la década de 1950-1960. Los recursos considerables del sindicato fueron utilizados para disciplinar a la base obrera, más que para luchar en contra del capital. Rodolfo Walsh escribe con amar-

der de las comisiones internas en las fábricas. Véase Daniel James, “Rationalization and working class response: the context and limits of factory activity in Argentina”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 13, núm. 2, 1981.

⁹ Vandor surgió de los sectores peronistas militantes después del golpe de 1955 para convertirse en cabeza de la burocracia sindical posperonista. Su papel es examinado por Daniel James en “Power and politics in Peronist trade unions”, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 20, núm. 1, 1978.

gura cómo se despedía a los obreros más combativos de las fábricas y se disolvían las comisiones obreras:

¿Dónde pueden protestar los trabajadores? Al sindicato. Pero allí también fastidian, allí también cuestionan, allí también resultan “comunistas”. Patrones y dirigentes han descubierto al fin que tienen un enemigo común: esa es la verdadera esencia del acuerdo celebrado por el vanderismo con las federaciones industriales.¹⁰

La burocracia sindical que lideró la resistencia contra la restauración de 1955, se convirtió a partir de 1959 en un factor de desmovilización para la clase obrera. En adelante, la cuestión de la democracia obrera pertenecería no sólo a la fábrica y al proceso laboral sino también significaría una permanente lucha dentro de los sindicatos.

Indudablemente el punto más alto de la movilización obrera en este periodo ocurrió durante el Plan de Lucha que coordinó las acciones obreras entre 1962 y 1964. La función de las bases trabajadoras en el plan vanderista era la de ser “carne de cañón” y obedecer las instrucciones de las centrales obreras. Vander se jactaba que podía organizar una huelga general por teléfono. Esto reflejaba el nivel considerable de organización que había alcanzado el movimiento obrero argentino. Sin embargo, el Plan de Lucha significó mucho más que esto para la clase obrera. En 1964, por ejemplo, en una serie de movilizaciones, casi 4 millones de trabajadores ocuparon 11 000 fábricas.¹¹ Esto era mucho más profundo en su impacto sobre la conciencia obrera que la mera “gimnasia revolucionaria” que pedía Perón desde su exilio para desestabilizar al gobierno radical de Arturo Illía. Una situación económica más favorable permitió a la clase obrera recuperar parte del poder adquisitivo que había perdido desde 1959. En 1965 la CGT (Central General de Trabajadores) sufrió una crisis interna sobre la cuestión de Perón, y una facción apoyó el golpe militar del general Onganía en 1966 y su ambicioso proyecto corporativista en que se imaginaban un papel similar

¹⁰ Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1969, p. 154.

¹¹ Para un análisis detallado de las ocupaciones de fábricas véase Guy Bourde, “La CGT argentine et les occupations d’usines de mai-juin 1964”, *Le Mouvement Social*, núm. 103, 1978.

al del grupo sindicalista que apoyó al entonces oscuro coronel Perón en 1945.

Militares y rebeliones (1966-1972)

El golpe militar de 1966 fue similar al de 1955 en algunos de sus aspectos: en que un motivo esencial del mismo era la creciente movilización de la clase obrera, y por el aún candente “problema peronista”. Pero la estructura socioeconómica del país se había transformado y este golpe respondía esencialmente a las necesidades del capital monopólico en el país. Si con Frondizi se realizó la racionalización de las relaciones de producción en la fábrica para beneficio del capital, con Onganía se pretendía racionalizar las relaciones sociales, económicas y políticas del país entero. Perón aconsejó a su movimiento “desensillar hasta que aclare”, pero muchos de los dirigentes sindicales fueron más lejos y apoyaron abiertamente al nuevo gobierno militar. Por unos años la movilización sindical se redujo a uno de sus niveles más bajos (ver cuadro 1). Una huelga en el puerto de Buenos Aires a fines de 1966 fue derrotada al no recibir apoyo del movimiento obrero organizado. Lo mismo pasó con los ferrocarrileros a principios de 1967 y con los trabajadores de los ingenios azucareros de Tucumán, que sufrieron un duro revés en 1968. Cuando tardíamente la CGT intentó organizar una huelga general en marzo de 1967 como parte de un “Plan de Acción”, la movilización obrera fue extremadamente baja.

Con el fracaso de las medidas defensivas contra el gobierno militar, la verdadera crisis del vanguardismo como estrategia hegemónica del movimiento obrero se hizo presente. Contra un gobierno fuerte y una clase dominante unificada ni la táctica de “golpear y negociar” ni las “huelgas domingueras” tenían mucho efecto. Desde 1955 el peronismo había orientado al movimiento obrero hacia el Estado y no a la promoción de la autoactividad de la clase obrera y la autonomía política. La sólida organización de los sindicatos y los niveles de sindicalización relativamente altos, 33.6% en 1964,¹² no podían compensar la

¹² Ver Juan Carlos Torre, “La tasa de sindicalización en Argentina”, *Desarrollo Económico*, vol. 12, núm. 48, 1973.

Cuadro 1

Conflictos laborales (Capital Federal) y salarios, 1955-1968

Año	Número de paros	Días perdidos (miles)	Índice salarial (1960=100)
1955	21	144	110.1
1956	52	5 167	117.1
1957	56	3 698	113.7
1958	84	6 488	128.5
1959	45	11 170	98.3
1960	26	1 891	100.0
1961	43	2 050	110.8
1962	15	898	—
1963	20	1 281	108.0
1964	27	1 209	119.0
1965	32	1 248	127.1
1966	27	1 912	125.3
1967	6	244	121.6
1968	7	24	115.1

Fuente: Graciela Ducantzenzeiler, *Syndicats et politique en Argentine 1955-1973*, Montréal, Les Presses de l'Université de Montréal, 1980, pp. 259 y 266.

pérdida de poder obrero en las fábricas. La debilidad política del movimiento obrero (la ideología no clasista del peronismo) era evidente a pesar de los programas políticos muy avanzados como el de Huerta Grande adoptado por la CGT en 1962. Sin embargo, las derrotas de 1966 y 1967 llevarían a un proceso de politización dentro del movimiento obrero que buscaba una respuesta para la crisis del vanguardismo. En este proceso, un papel protagónico fue cumplido por la “nueva” clase obrera que surgió del proceso de racionalización capitalista iniciado en 1958 y acelerado en 1966. Lejos de ser una “aristocracia obrera” los sectores de punta (vinculados en particular al capital extranjero monopolista) desempeñarían un papel de vanguardia en las rebeliones obreras que comenzarían con el Cordobazo de 1969.¹³

El nuevo modelo de acumulación del capital, implantado en el país a partir de 1958, resultó en una creciente diferenciación

¹³ Para una discusión detallada de esta tesis véase Elizabeth Jelin y Juan Carlos Torre, “Los nuevos trabajadores en América Latina: una reflexión sobre la tesis de la aristocracia obrera”, *Desarrollo Económico*, vol. 22, núm. 85, 1982.

social de la clase obrera entre sectores “tradicionales” y “dinámicos” de la industria. De 1950 a 1970, si tomamos un índice anual de 100, vemos que los salarios en el tradicional se incrementan 81% cada año y los salarios del sector dinámico en un 128%.¹⁴ Sin embargo, el índice de productividad se incrementa en 36 y 164 por ciento, respectivamente, para los dos sectores. Es decir, los salarios del sector dinámico no reflejaban la productividad de este sector. Es más, a mediados de los años sesenta los empresarios del sector dinámico ya no sentían la necesidad de mantener el diferencial de sus salarios. Por parte de los sindicatos, por ejemplo con el poderoso gremio metalúrgico, se manifestó una habilidad para generalizar el incremento de salarios a través del sector, incluso sus industrias más tradicionales. En resumen, la heterogeneidad de las condiciones económicas, sociales y laborales de la clase obrera no se reflejó en una división del movimiento. Es así como las divisiones políticas en la CGT —entre “participacionistas”, “colaboracionistas”, “combativos”, “independientes”, etc.— no siguen una lógica económica preestablecida.¹⁵ Al nivel político, el peronismo seguía actuando como factor de unificación de la clase obrera, aun cuando había sectores obreros no peronistas, particularmente en Córdoba y en otras partes del interior.

Una serie de movimientos reivindicativos en la ciudad de Córdoba a principios de 1969 se unificó con una protesta estudiantil y el descontento generalizado de las capas medias. En escala nacional la “CGT de los argentinos” reflejaba este nuevo clima de rebelión que tenía matices marxistas pero también cristianos. El “paro activo” del 29 de mayo de 1969 en Córdoba se convirtió en un levantamiento semiespontáneo de la población contra las autoridades militares. A la vanguardia de este Cordobazo estaban los obreros relativamente bien pagados de la industria automovilística y el sindicato Luz y Fuerza.¹⁶ En Córdoba entró en crisis todo el sistema social y un modelo de desarrollo económi-

¹⁴ Adriana Marshall, “Labour market and wage growth: the case of Argentina”, *Cambridge Journal of Economics*, núm. 4, 1980.

¹⁵ Véase sobre este aspecto del movimiento sindical, Graciela Ducantzenzeiler, *Syndicats et Politique en Argentine (1955-1973)*. Montréal, Les Presses de l'Université de Montréal, 1980.

¹⁶ Para un estudio detallado del Sindicato de Luz y Fuerza (Córdoba) véase Martha Roldán, *Sindicatos y Protesta Social en la Argentina (1969-1974)*, Amsterdam, CEDLA, 1979.

o que pauperizaba a la población. Una nueva oposición social surge del Cordobazo en que la clase obrera organizada desempeña un papel primordial. El peronismo de ninguna manera fue la fuerza política que promovió esta rebelión social, pero fue sin embargo el movimiento que sacaría más provecho del mismo. Por el momento, como lo anota Francisco Delich:

Mayo de 1969 significa el estertor, la agonía de la antinomia peronismo/antiperonismo, paralela a la de dictadura/democracia en el sentido de que ambas opciones tuvieron y fueron desarrolladas por el pensamiento liberal en sus varias direcciones.¹⁷

Por un tiempo se perfiló en Argentina la posibilidad de un proyecto obrero clasista y anti-imperialista con ciertas posibilidades reales.

El Cordobazo fue sin duda un momento de transición en la lucha de clases en Argentina.¹⁸ Para las clases dominantes fue símbolo de la rebelión popular que el golpe de 1955 quiso frenar pero que, a la larga, sólo agravó. Para la dirección sindical significó el comienzo de una rebelión anti-burocrática de las bases obreras y el nacimiento de la corriente clasista dentro del movimiento obrero. Para los militares comenzaba la transición a la democracia representativa, con el remplazo de Onganía por el general Levingston y de éste por el general Lanusse luego de un segundo Cordobazo en 1971. Lanusse escribiría luego en sus memorias que después del Cordobazo, “la verdadera discusión no era, entonces, si debía o no debía institucionalizarse a la República. La verdadera discusión era *cómo* y *cuándo* debía institucionalizarse. . .”¹⁹ Lanusse reconoce que “el 29 de mayo de 1969 [fecha del Cordobazo] es el instante crítico que marca el fracaso político de la Revolución Argentina [como se autodenominó el golpe de 1966]”.²⁰ Si tomamos una perspectiva comparativa veremos que el régimen militar que se instaló en Brasil en

¹⁷ Francisco Delich, *Crisis y protesta social. Córdoba (1969-1973)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, p. 75.

¹⁸ Un análisis que destaca al “Cordobazo” como momento de transición en Guillermo O’Donnell, *El Estado burocrático autoritario (1966-1973)*, Buenos Aires, Editorial del Belgrano, 1982.

¹⁹ Alejandro Lanusse, *Mi testimonio*, Buenos Aires, Lasserre Editores, 1977, p. 264.

²⁰ *Ibid.*, p. xviii.

1964 seguía aún fuerte 20 años más tarde precisamente porque faltó en ese caso una movilización popular de la envergadura del Cordobazo.²¹ En el análisis político de América Latina es necesario tomar como variable clave el grado de organización (a nivel nacional y en las fábricas) y de militancia de la clase obrera que permiten o no, según sea el caso, un margen de maniobra al Estado y al capital.

Después del Cordobazo la crisis social fue general. El movimiento sindical se extendió a través del país para recuperar sus derechos sociales, económicos y políticos. Tras el Cordobazo vino el Rosariazo, las Ligas Agrarias, la toma de ingenios en Tucumán y las “puebladas” de Cipolletti y Casilda. La normalización de la CGT no llevó a la recuperación de su indiscutida posición hegemónica dentro de la clase obrera. El clasismo y otras corrientes radicalizadas planteaban una opción clara y popular contra un vandorismo ya moribundo (aún antes de la muerte de Vandor en 1970). En las fábricas, especialmente en el interior, la disciplina laboral y la condición obrera en general se convertían en cuestiones candentes, después de largos años en que el vandorismo había cedido terreno al capital. El movimiento obrero se convertía en un polo de atracción para amplias capas del pueblo que exigían la democratización. Una guerrilla, que Perón apoyaba desde el exilio, comenzaba a plantear un riesgo real para el régimen. Empezaba a peligrar no sólo el régimen militar sino la misma autoridad y la estabilidad del sistema capitalista en Argentina. En tales circunstancias, la única salida lógica para las clases dominantes eran las elecciones, con la inevitable victoria del peronismo. Diría un funcionario del Departamento de Estado norteamericano: “Pienso que este es el momento para Perón. Sólo él puede traer la cohesión a la Argentina. No queda nadie más. Así que él ha venido a representar la oportunidad.”²²

El “retorno” y la crisis (1973-1976)

El retiro de los militares de la escena política llevó ineludiblemente al retorno de Perón, un “retorno” casi mítico que alentó

²¹ Para un análisis en este sentido véase Ronaldo Munck, “El movimiento sindical en Brasil y en Argentina: estudio comparativo”, *Coyoacán*, año XI, núm. 7/8, 1980.

²² NACLA, *Argentina in the hour of the furnaces*, Nueva York, NACLA, 1975, p. 27.

y asustó a muchos desde 1955. La cuestión crítica sería si Perón podría o no “institucionalizar” al país, una empresa en la cual habían fracasado los militares. Grandes sectores de la clase media depositaron en Perón sus esperanzas y el movimiento obrero se encontraba en una situación en que podía ser un agente de una verdadera transformación social. En la práctica, los tres años que siguieron llevaron a la clase obrera al borde de la guerra civil y a un distanciamiento de la clase media de un movimiento obrero visto como autoritario.²³ A pesar de las divisiones y la eventual desmoralización del movimiento obrero, la clase trabajadora prosiguió sus luchas reivindicativas en estos años (ver cuadro 2). En una visión de largo plazo podemos ver a este periodo como uno en el cual la clase obrera tomó distancia de su dirección política tradicional. El peronismo de la resistencia, de los planes de lucha, de la ocupación de fábricas, es ahora gobierno en una situación económica difícil (a diferencia de 1946) en que el populismo peronista realmente no tiene respuestas viables. En marzo de 1976 el gobierno peronista de Isabel Perón caía sin pena ni gloria, apenas dos años después de la muerte del general Perón, que había fracasado en su intento de repetir la experiencia de 1946.

Los primeros meses del flamante gobierno peronista de Cámpora (que fue electo con el lema “Cámpora al gobierno, Perón al poder”) estuvieron marcados por un ritmo ascendente de las luchas obreras. La clave de la política económica peronista era el Pacto Social entre la CGT y los empresarios de la CGE. La política de salarios creó una cierta nivelación de los mismos: el salario básico de convención subió 6.9% de diciembre de 1973 a marzo de 1975, mientras los obreros mejor pagados vieron caer su salario 13.3% en el mismo periodo. A causa de la crisis económica internacional y de la imposibilidad de mantener el nivel de precios, el Pacto Social empezó a deteriorarse. Símbolo de la unidad de clases, este pacto sirvió para desmovilizar a los sectores obreros más combativos ya que la negociación colectiva se realizaba en la Gran Paritaria Nacional, donde las bases obreras tenían poca presencia. Durante este periodo, como describe la revista *Pasado y Presente*:

²³ Para un análisis detallado de este periodo ver Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno, 1973-1976*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

Al levantarse contra el capataz o el patrón en la fábrica, los trabajadores dejan de ser manipulables, comienzan a organizarse en primera persona y estalla así un proceso en el que *las demandas del trabajo y el cuestionamiento antiburocrático se funden en un solo momento de recuperación y reafirmación del poder obrero.*²⁴

Perón pasó de una actitud crítica hacia la burocracia sindical (por razones de la política interna del movimiento peronista) a una alianza abierta con ese sector. Su propósito era que los obreros cumplieren el famoso lema peronista: "De casa al trabajo, del trabajo a casa". Una nueva Ley de Asociaciones Profesionales otorgó poderes inusitados a la dirección central de los sindicatos y fomentó el nivel de centralización dentro del movimiento obrero. La Ley de Prescindibilidad, por su parte, otorgaba al Estado el derecho de cesar a cualquier empleado estatal. En cuanto a los gobiernos de provincias, Perón realizó una verdadera limpieza de los mismos, y la izquierda peronista perdió casi todos sus puestos de influencia. En 1974 en la ciudad de Córdoba, el jefe de policía dio un golpe contra el gobierno provincial (el Navarrazo), que al ser legitimado por Perón, dividió profundamente al movimiento obrero cordobés.²⁵ En todos estos procesos se vislumbra una profunda crisis dentro del movimiento obrero y el comienzo de una lucha abierta entre los sectores radicalizados del peronismo y una nueva derecha concentrada tras la figura de Isabel Perón, que sucedería a su esposo tras la muerte de éste en julio de 1974. La era peronista entraba en su ocaso con la desaparición física de su líder, pero no sin antes llevar al movimiento obrero a una de sus peores derrotas.

El "peronismo tardío" de Isabel Perón intensificó la ofensiva estatal contra los gremios y los sectores combativos. Fue retirada la personería gremial a importantes sindicatos como la Federación Gráfica y la FOTIA, el sindicato del azúcar en Tucumán. Por su parte, la poderosa Unión Obrera Metalúrgica se convirtió en el poder tras el trono del nuevo gobierno, de tal manera que se hablaba de la "Patria Metalúrgica". La "Patria Socialis-

²⁴ *Pasado y Presente*, "El significado de las luchas obreras actuales", año IV, núm. 2/3, 1973, p. 279.

²⁵ El Navarrazo y el movimiento obrero es examinado por Beba Balvé, "Crisis institucional, experiencia y conciencia de poder", *Estudios Sociales Centroamericanos*, núm. 20, 1978.

Cuadro 2

Conflictos laborales y salarios en Argentina, 1973-1976

<i>Periodo</i>	<i>Número de paros (promedio mensual)</i>	<i>Índice salarial (1968 = 100)</i>
Junio-septiembre, 1973	30.5	107.6
Octubre, 1973-febrero, 1974	30.8	113.0
Marzo-junio, 1974	39.0	
Julio-octubre, 1974	22.5	
Noviembre, 1974-marzo, 1975	11.6	111.8
Abril-junio, 1975	24.7	
Julio-agosto, 1975	33.0	
Septiembre, 1975-enero, 1976	31.2	67.0
Febrero-marzo, 1976	17.0	

Fuente: Elizabeth Jelin, "Conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976", *Estudios Sociales*, núm. 9, 1977, p. 46; Adolfo Canitrot, "La viabilidad económica de la democracia: un análisis económico de la experiencia peronista (1973-1976)", *Estudios Sociales*, núm. 11, 1978, p. 30.

ta" de la juventud peronista y los sectores obreros radicalizados, parecía ahora sólo un sueño lejano. Hubo, sin embargo, una reorientación dentro de la CGT que puso cierta distancia entre el gobierno y el movimiento sindical. Lorenzo Miguel, dirigente de la UOM y de las 62 organizaciones, era el sucesor natural de Vandor. Su estrategia era un sindicalismo de presión dentro del juego político y no veía al movimiento obrero organizado como un mero brazo del partido gobernante. La lógica vando-rista creó una situación en que el movimiento sindical tenía mucho poder (nombraba al Ministro de Trabajo y tenía influencia sobre el Ministro de Economía) pero no contaba con una política para la transformación del país.

Bajo el gobierno de Isabel Perón, el nivel de las luchas obreras bajó considerablemente (ver cuadro 2). Se comenzó a usar una nueva Ley de Seguridad contra las luchas obreras y un fuerte grado de represión contra los sectores de vanguardia. La resistencia contra esta ofensiva comenzó con la larga huelga de Villa Constitución a principios de 1975 que abarcó a gran parte de la industria pesada del litoral.²⁶ A mediados de ese año un nuevo

²⁶ Ver Bernardo Galitelli, "La huelga de Villa Constitución", *Apuntes*, año II, núm. 2, 1980.

ministro de Economía, Celestino Rodrigo, lanzó un plan de austeridad para combatir la inflación, que se conoció como el Rodrigazo. La respuesta de las bases obreras no se hizo esperar, aunque Isabel Perón insistía que cumpliesen con el lema del general de “trabajar más fuerte y producir más”. Una gran movilización semiespontánea se produjo en todo el país, incluso en el cinturón industrial de Buenos Aires, lo que dio lugar a esperanzas y temores de un “argentínazo”. El país se paralizó y en algunos casos surgieron nuevas formas de organización obrera, las coordinadoras que vinculaban fábricas por medio de sus activistas o de las comisiones internas.²⁷ Esta gran movilización obrera derrotó los planes del gobierno, aunque la CGT ingenuamente organizó una manifestación para “agradecer” a Isabel Perón las concesiones salariales, que había bloqueado, y provocó el enfrentamiento.

Los últimos meses del peronismo fueron de gran confusión y desmoralización; la distancia entre el pueblo peronista y “su” gobierno se profundizó. El aparato sindical se dividió entre los verticalistas fieles al gobierno y los antiverticalistas que tomaban una posición más independiente pero no necesariamente progresista.²⁸ Los últimos entablaron negociaciones con los militares —“así no llegamos al '77” (año de las próximas elecciones), decían abiertamente. Otros quisieron revivir al Pacto Social, o el Gran Acuerdo Nacional que había llevado a las elecciones de 1973. En la práctica, la economía política del populismo, que mantenía el nivel de los salarios y las tasas de beneficio, ya no era viable. En los primeros meses de 1976 comenzó a notarse la movilización obrera, que se anticipaba a las negociaciones paritarias programadas para abril de ese año. Los sectores combativos no fueron los únicos que se movilizaron; también lo hicieron algunos de los grandes sindicatos y cuerpos regionales de la CGT. Sin embargo, la CGT a nivel nacional hizo lo más posible por retroceder, sin que las coordinadoras tuvieran la implantación necesaria para contrarrestar esa política. Cuando finalmente

²⁷ Sobre el Rodrigazo y la respuesta obrera al mismo véase Elizabeth Jelin, “Los conflictos laborales en Argentina, 1973-1976”, *Estudios Sociales*, núm. 9, Buenos Aires, CEDES, 1977. Asimismo Andrés Thompson, *Labour Struggles and Political Conflict in Argentina: the general strike of 1975 and the crisis of Peronism through a historical perspective*, The Hague, Institute of Social Studies, 1982.

²⁸ Sobre las divisiones en el movimiento sindical peronista véase Senén González, *El poder sindical*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1978.

el golpe militar ocurrió el 24 de marzo de 1976 la clase obrera se encontraba dividida, desmovilizada y poco preparada para una nueva "resistencia peronista" como ocurrió luego del golpe de 1955.

El "proceso" y su fin (1976-1983)

El golpe militar de 1976 fue incomparablemente más "duro", más decisivo y más duradero en sus efectos que los de 1955 y 1966. Uno de los primeros actos del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional fue la intervención de la CGT y de unos 46 sindicatos que representaban a casi 75 por ciento del movimiento obrero. Con una serie de medidas legislativas se intentó poner fin a lo que *La Nación* llamó "ese poder político y económico con el cual los sindicatos abrumaron por más de dos décadas al Estado y a los partidos políticos". Tras la declarada intención de "democratizar y despolitizar" al movimiento obrero estaba el propósito real de fragmentar los sindicatos, atomizar la clase obrera y eliminar sus derechos sindicales y las conquistas previas. Quizás la cuestión más importante que preocupaba a los militares y sus aliados civiles era la alianza entre el sindicalismo y el peronismo, unidad que era preciso quebrar para cumplir el ambicioso plan de recomposición económica y social que encaraba el nuevo régimen militar. Con la política económica posterior a 1976 se intentaba nada menos que restar a la industria, y en consecuencia a la clase obrera industrial, su papel predominante. Así, el movimiento obrero perdería la capacidad, que había demostrado a partir de 1955, de bloquear cualquier proyecto capitalista de dominación.

En los años posteriores al golpe de 1976 la clase obrera cambió radicalmente su fisonomía.²⁹ Se calcula que el número de los obreros industriales cayó de 1 030 000 en 1976 a 790 000 en 1980. Los empleados por cuenta propia, por su parte, se incrementaron.

²⁹ El análisis del periodo posterior al golpe de 1976 se basa en otro trabajo del autor: "Reestructuración del capital y recomposición de la clase obrera en Argentina desde 1976", en Bernardo Galitelli y Andrés Thompson (eds.), *Sindicalismo y regímenes militares en Argentina y Chile*, Amsterdam, CEDLA, 1982. Sobre los cambios en la composición de la clase obrera véase en particular Bernardo Galitelli y Andrés Thompson, "La situación laboral en la Argentina del 'Proceso', 1976-1981", en la misma obra.

La fragmentación de la clase trabajadora provocó la ruptura de la relación histórica entre fábrica y barrio que, tradicionalmente, había funcionado como "retaguardia" de la movilización fabril (por ejemplo, el caso de Villa Constitución en 1975). Este cambio en la "composición técnica" de la clase obrera dictó un cambio correspondiente en su expresión política. Si el proceso de acumulación del capital creó una nueva situación para la clase obrera, también provocó una recomposición subjetiva por medio de la resistencia obrera y la lucha diaria por la supervivencia. Como anota un informe sindical, los trabajadores deben asumir nuevos métodos de lucha y organización: "Los lugares de trabajo se convierten en el centro y origen de las medidas de lucha. La organización es de carácter clandestino. Surgen nuevas direcciones en el proceso de lucha, pero sus dirigentes y activistas permanecen anónimos."³⁰ Los que sufrieron más duramente la represión después de 1976 fueron precisamente los delegados de fábrica —de los 100 000 que había en 1976 unos 10 000 fueron asesinados o encarcelados y otros tuvieron que dejar su empleo. Sin embargo, el movimiento obrero pudo reorganizarse y comenzó a recuperar su antiguo nivel de combatividad.

Los primeros pasos de la resistencia obrera se dieron en sectores tradicionalmente bien organizados. Hubo conflictos y paros parciales en la industria automovilística, Luz y Fuerza lanzó una importante lucha en defensa de los derechos laborales y los trabajadores ferroviarios y portuarios tomaron medidas de fuerza. Estos sectores salieron a luchar con base en su nivel previo de organización, pero en las nuevas condiciones casi todos fueron derrotados.

Otra forma de resistencia obrera fue quizás más efectiva: el trabajo a reglamento o el "trabajo a tristeza" como se vino en llamar. Hubo también casos de sabotaje fabril como en IKA-Renault de Córdoba en donde la producción disminuyó de 40 a 14 unidades por día en junio de 1976. En general, durante una primera etapa la lucha obrera fue defensiva y en cierto sentido la resistencia fue pasiva.³¹ No se dieron luchas antiburocráticas en este periodo y la dirección sindical, especialmente a nivel me-

³⁰ TYSAE, *Boletín de Información Obrera*, mayo de 1979.

³¹ Véase Ricardo Falcón, "Conflicto social y régimen militar. La resistencia obrera en Argentina (marzo 1976-marzo 1981)", en Bernardo Galitelli y Andrés Thompson (comps.), *op. cit.*

dio y en las provincias, se sumó al sector combativo para preservar las estructuras básicas del movimiento sindical. La intervención militar en la CGT y en los principales sindicatos privó al movimiento de su capacidad para organizar movilizaciones coordinadas en escala nacional (como el Plan de Lucha de 1962-1964) pero el régimen no pudo cumplir cabalmente su intención de desarticular por completo al movimiento obrero con medidas económicas, políticas y militares.

En 1979 comenzó una nueva etapa en que la actitud defensiva del movimiento obrero fue remplazada por una de cautelosa ofensiva. En marzo de ese año una serie de conflictos laborales en Córdoba llevaron a la ciudad al borde de la situación de 1969. En varias industrias del cinturón fabril de Buenos Aires estallaron huelgas, y finalmente un sector de la burocracia sindical convocó a un día nacional de protesta para el 27 de abril de 1979. Aproximadamente un tercio de los sindicalistas respondió al llamado. Esta acción abrió las puertas a una serie de reivindicaciones que culminaron en octubre de 1979 con un nivel de movilización que preocupó seriamente al régimen. En 1980 se generalizó la resistencia obrera contra la política económica del gobierno y en particular sus efectos sobre el nivel de empleo (ver cuadro 3). Se nota también en estos años un número significativo de paros regionales y huelgas en apoyo de otros sectores obreros. Sin embargo, el terreno económico en que se dieron estas luchas no era favorable y la mayoría de las medidas tomadas por los obreros fueron derrotadas por los patrones o el Estado. En algunos casos (como la huelga de trabajadores marítimos de 1980) se formaron "comisiones de lucha" al margen de las estructuras sindicales oficiales, aunque el nivel político no era comparable al clasismo de la década previa.

De 1981 en adelante es el régimen militar el que entra francamente a la defensiva al fracasar su política económica y la reactivación de la sociedad civil. El movimiento obrero desempeñó un papel primordial en los dos aspectos por su capacidad de frenar el plan monetarista y por la creación de un espacio social para la acción de sectores civiles más amplios.³² En julio de 1981

³² Un análisis mucho más "pesimista" de este periodo se encuentra en Francisco Delich, "Después del diluvio, la clase obrera", en Alain Rouquié (comp.), *Argentina hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.

Cuadro 3

Conflictos laborales y salarios en Argentina, 1976-1981

<i>Año</i>	<i>Número de paros</i>	<i>Número de huelguistas (en miles)</i>	<i>Índice salarial (1977=100)</i>
1976	89	191	114.4
1977	100	514	100.0
1978	40	212	95.2
1979	188	1 818	113.8
1980	261	362	124.8
1981	360	—	—

Fuente: *Vencer* núm. 8, 1981, p. 6, y *Boletín Semanal de Economía*, núm. 408, 1981, p. 2169.

una movilización nacional en la industria automovilística fue acompañada por una manifestación callejera inusitada. Un nuevo paro general el 22 de julio de 1981 se caracterizó por un nivel de ausentismo superior a 50% en el cinturón industrial de Buenos Aires. Una gran manifestación de protesta de los sindicatos el 30 de marzo de 1982 fue el acto que precipitó la guerra de las Malvinas. Después de la derrota militar en una guerra que el pueblo trabajador no apoyó en absoluto se inició la normalización inexorable del movimiento sindical.³³ Se comenzaron a restablecer las comisiones internas y las bases obreras lanzaron una ofensiva en todos los ámbitos para recuperar sus niveles económicos y sus derechos sindicales. El nuevo paro nacional de diciembre de 1982 fue la elocuente expresión de este nivel de movilización y convirtió al movimiento obrero en el actor clave en el proceso de democratización. Luego del fracaso de su aventura militar en el Atlántico Sur, el “proceso” que “no tiene plazos, sino objetivos”, como decían sus ideólogos, se encontró sin objetivos y con la necesidad de retirarse a sus cuarteles a muy corto plazo.

Durante el régimen militar, la cuestión de la burocracia sindical fue de gran interés. El gobierno militar encontró que sus planes para desmantelar al movimiento obrero organizado no encuadraban con la necesidad de mantener un “interlocutor válido”

³³ Ver Adolfo Gilly, “Las Malvinas, una guerra del capital”, *Cuadernos políticos*, núm. 35, 1983.

para la clase obrera. La división anterior entre el sector verticalista y el antiverticlista se expresó ahora en nuevos desacuerdos del aparato sindical sobre la táctica adecuada a seguir con respecto al gobierno militar. Éste, por su parte, reconocía la diferencia entre el sector dispuesto a dialogar y el otro más combativo de los días de protesta. Durante la huelga marítima de 1980 el almirante a cargo de este sector llegó a denunciar la inhabilidad de los “legítimos líderes sindicales” para controlar las actividades de las bases. Al iniciarse el proceso de recomposición del movimiento obrero y al generalizarse las movilizaciones a partir de 1980, los comentaristas patronales descubren las virtudes de la burocracia sindical que “por todos sus defectos funcionaba como un amortiguador y eso ahora no es posible”.³⁴ Cuando comenzaron a formarse estructuras extraoficiales en las fábricas, algunos patrones empezaron a preocuparse por la falta de contacto entre las bases obreras y la dirección sindical. Debemos concluir que la burocracia sindical desempeña un papel contradictorio para el Estado (actor político/social demasiado poderoso y amortiguador de la lucha de clases) y para la clase obrera (factor desmovilizador pero indispensable en la coordinación y centralización de las luchas obreras).

Democracia y clase obrera (1983-1985)

La victoria del radicalismo de Alfonsín en las elecciones de 1983 marca el fin de un ciclo histórico que comenzó hace 40 años: el del peronismo. La perspectiva del radicalismo —“democracia o autoritarismo”— respondía mejor a las necesidades populares que el viejo eslogan peronista “liberación o dependencia”. Si en la agonía del último gobierno peronista la clase obrera había comenzado una ruptura social con el peronismo (huelga general de 1975) ahora los sectores de esa clase rompían políticamente con ese movimiento. El socialismo no pudo, en ninguna de sus variantes, convertirse en polo de atracción para esa ruptura y los beneficiarios del mismo fueron los radicales “democráticos” de Alfonsín. La revalorización de la democracia por parte de la izquierda es un indudable avance en la teoría y la práctica políti-

³⁴ *The Review of the River Plate*, 11 de abril de 1979, p. 492.

cas. Sin embargo, ha llevado a cierta subvalorización de otras luchas. Por su parte, la justa denuncia del autoritarismo y del corporativismo ha resultado en una abusiva identificación entre los militares y el movimiento obrero organizado. A pesar de todos sus defectos, la burocracia sindical es parte del movimiento obrero y no se pueden identificar sus intereses y su política con los de los militares. Y la "concertación social" que apoya esta nueva izquierda democrática no tiene mejores perspectivas que el "pacto social" del peronismo y otros varios intentos de frenar la lucha de clases.

El gobierno radical de Alfonsín también se propuso la "democratización" de los sindicatos. Alfonsín predicaba que el trabajador tiene derecho a sus creencias políticas, pero no a poner el sindicato al servicio de un partido político, es decir, del peronismo. El propósito de crear las condiciones para una democracia interna en los sindicatos estaba, pues, superpuesto con otro, el de crear un pluralismo sindical y así romper el vínculo histórico entre el movimiento sindical y el peronista. En esas circunstancias, la ley de reforma sindical no fue aprobada. Sin embargo, se dio un proceso de democratización en los sindicatos con las elecciones para renovar los mandatos que no habían sido ratificados desde 1976 por estar congelada la vida sindical. Lorenzo Miguel, jefe indiscutido de la burocracia sindical peronista, retuvo su posición al frente del gremio metalúrgico, pero en otros sectores, como el automovilístico, triunfaron las listas opositoras animadas por el sector "duro" de la CGT. En otros gremios surgieron líderes históricos aún más combativos, como Raimundo Ongaro (ex líder de la CGT) con los gráficos de Buenos Aires y Julio Guillán con los telefonistas. Es significativa la alta proporción de los afiliados que votaron en las elecciones internas de los sindicatos, 75% en muchos casos y un increíble 90% en el de Luz y Fuerza.³⁵ La renovación y democratización de los sindicatos avanzó considerablemente en 1984.

Naturalmente con el nuevo régimen democrático surgió una serie de reivindicaciones que se habían postergado durante el gobierno militar. En primer lugar, una serie de paros reflejaban la necesidad de recuperar el nivel de vida, con reclamos de aumen-

³⁵ Estas elecciones sindicales se examinan con más detalle en Eduardo Lucita, "Elecciones sindicales y autorganización obrera en Argentina", *Cuadernos del Sur*, núm. 3, 1985.

tos salariales de 50 y hasta 100 por ciento. Asimismo, las condiciones del proceso laboral se habían deteriorado severamente desde 1976 y en las plantas se reivindicaba una mejoría de las condiciones de trabajo y de salubridad. Por último, surgió una serie de disputas por las condiciones económicas que causaba la pérdida de puestos de trabajo. Todas estas reivindicaciones parciales culminaron en el paro general de septiembre de 1984 que se cumplió masivamente en el sector industrial pero sólo en parte en el de servicios. En noviembre de 1984 la CGT (ahora reunificada) alertaba al gobierno sobre la posibilidad de una "explosión social" si la situación económica no mejoraba. Un indicio de esto fueron las huelgas y manifestaciones callejeras en Córdoba en enero de 1985 en que las bases obreras manifestaron su repudio al plan de austeridad implícito en el proceso de "concertación social" que la CGT estaba en esos momentos acordando con el gobierno y los organismos empresariales.

En el transcurso de 1984 hubo, de acuerdo con las estadísticas oficiales, 717 huelgas en todo el país. Las industrias más afectadas fueron la metalúrgica, de la construcción y azucarera. En 1985 continuó ese ritmo de huelgas sin precedente, en que los obreros industriales y los empleados a la vez procuraban ganar el terreno perdido durante el régimen militar. En mayo de 1985 la CGT organizó huelgas y manifestaciones provinciales que culminaron con un paro general a fines de ese mes. En julio, los 4 000 obreros de la Ford en Buenos Aires ocuparon la planta en protesta por una serie de despidos. Después de 20 días se normalizó la situación pero no sin haber creado una cierta crisis en el movimiento sindical. Así, con varias ocupaciones más se siguió el ejemplo de los obreros de la Ford, situación que hizo recordar las ocupaciones de fábricas de 1962-1964 durante el anterior gobierno radical. Los salarios reales cayeron 20% en la primera mitad de 1985 y los dirigentes sindicales no se podían dejar sobrepasar por las bases. El papel de la izquierda en los sindicatos (por ejemplo el caso de la Ford), como el de la Franja Morada, una combativa corriente radical, tenía que preocupar a la tradicional dirección peronista. Sin embargo, se encontraban ya dentro del proceso de "concertación social", que daba lugar a especular sobre un pacto radical-sindical (irónico cuando uno considera que en 1983 Alfonsín había denunciado un pacto militar-sindical).

En su análisis del proceso de democratización, Liliana de Riz cuestiona al sindicalismo peronista que “se resiste a subordinar la lógica de sus intereses sectoriales a la de una política partidaria que debe conciliar las exigencias del sindicalismo con las demandas de otros sectores sociales. . .”³⁶ La misma autora cuestiona las “viejas banderas de justicia social” que levantó la CGT nuevamente con el gobierno radical. Propone por su parte que “una política democrática, en el presente, consiste en el reconocimiento del Parlamento y de los partidos políticos como sus dos ejes centrales. . .”³⁷ En el entusiasmo corriente por “una nueva forma de hacer política” se tiende a negar un análisis de clases.³⁸ Si la “justicia social” del peronismo ha sido por mucho tiempo un eslogan vacío, lo mismo puede decirse de la “democracia representativa” que pregona el radicalismo. La acusación de corporativismo y de responder a un mezquino interés sectorial es precisamente la que lanzan los gobiernos conservadores del occidente contra los sindicatos como preludio para un ataque abierto contra el pueblo trabajador. Los partidos políticos, en Argentina como en otros países, no han representado en el pasado un ámbito privilegiado para el avance de los intereses de la clase obrera. En Argentina estas cuestiones generales se complican con la crisis actual del movimiento peronista.

El triunfo radical en las elecciones de 1983 agravó la crisis interna del peronismo, latente desde la muerte del caudillo en 1974. Los dirigentes sindicales tradicionales, como Lorenzo Miguel, fueron denominados los “mariscales de la derrota” por la izquierda peronista. Ésta, por su parte, no se había adaptado a la nueva era democrática, lo que se reflejaba en pintas como “¡somos la rabia!” En 1984 el partido peronista se dividió públicamente con un sector disidente que agrupa a una gran parte del peronismo provincial, sectores políticos “democráticos” y el peronismo sindical más combativo. En las elecciones para la renovación de los diputados en 1985, la corriente “renovadora” triunfó en la ciudad de Buenos Aires. El “matonismo” de la burocracia sin-

³⁶ Liliana de Riz, “La hora de los partidos”, *Debates*, año 1, núm. 1, 1984, p. 17.

³⁷ Liliana de Riz, “Notas sobre parlamento y partidos en la Argentina de hoy”, en Hilda Sabato y Marcelo Cavarozzi (comps.), *Democracia, orden político y parlamento fuerte*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, p. 119.

³⁸ Este punto es desarrollado por el autor en “Democratization and demilitarization in Argentina 1982-1985”, *Bulletin of Latin American Research*, vol. 4, núm. 2, 1985.

lical antigua había perdido su eficacia. El economista peronista Guido di Telia llegó a declarar que “el radicalismo no es nuestro enemigo”.³⁹ El peronismo renovador que refleja Di Telia lo lleva, sin embargo, a localizar el problema del peronismo en su “clasismo”, en contra del cual él reivindica “nuestra tradición policlasista”. Por el momento el Plan Austral del gobierno radical mantiene un amplio apoyo popular,⁴⁰ pero este frente democrático “policlasista” contiene una contradicción implícita entre los sectores populares y los empresarios, por más democráticos que éstos últimos puedan aparecer después del fracaso del régimen militar que todos apoyaron en 1976.

³⁹ Guido di Telia, “La regeneración peronista”, en Unamuno, Barbaro, Cafiero y otros, *El peronismo de la derrota*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, p. 135.

⁴⁰ Sobre el Plan Austral ver Jorge Schwarzer, “Le Plan Austral et le contrôle de l’inflation en Argentine”, *Amérique Latine*, núm. 24, 1985.